

El servicio de la autoridad como relación: de los hermanos a las Conferencias

Escuchemos la palabra de Dios en los Hechos de los Apóstoles (20,17-38)

¹⁷Desde Mileto envió a llamar a los presbíteros de la Iglesia de Éfeso. ¹⁸Cuando llegaron donde él, les dijo: «Vosotros sabéis cómo me comporté siempre con vosotros, desde el primer día que entré en Asia,¹⁹ *sirviendo al Señor* con toda humildad y lágrimas y con las pruebas que me vinieron por las asechanzas de los judíos;²⁰ *cómo no me acobardé* cuando en algo podía seros útil; os predicaba y enseñaba en público y por las casas,²¹ dando testimonio tanto a judíos como a griegos para que se convirtieran a Dios y creyeran en nuestro Señor Jesús. ²²«Mirad que ahora yo, *encadenado en el espíritu*, me dirijo a Jerusalén, sin saber lo que allí me sucederá; ²³solamente sé que en cada ciudad el Espíritu Santo me testifica que me aguardan prisiones y tribulaciones. ²⁴Pero yo no considero mi vida digna de estima, con tal *que termine mi carrera y cumpla el ministerio que he recibido* del Señor Jesús, de dar testimonio del Evangelio de la gracia de Dios.

²⁵«Y ahora yo sé que ya no volveréis a ver mi rostro ninguno de vosotros, entre quienes pasé predicando el Reino. ²⁶Por esto os testifico en el día de hoy que yo estoy limpio de la sangre de todos, ²⁷pues no me acobardé de anunciaros todo el designio de Dios. ²⁸«*Tened cuidado de vosotros y de toda la grey*, en medio de la cual os ha puesto el Espíritu Santo como vigilantes para pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio hijo. ²⁹«Yo sé que, después de mi partida, se introducirán entre vosotros lobos crueles que no perdonarán al rebaño; ³⁰y también que de entre vosotros mismos se levantarán hombres que hablarán cosas perversas, para arrastrar a los discípulos detrás de sí. ³¹Por tanto, *vigilad* y acordaos que durante tres años no he cesado de amonestaros día y noche con lágrimas a cada uno de vosotros. ³²«*Ahora os encomiendo a Dios y a la Palabra de su gracia*, que tiene poder para construir el edificio y daros la herencia con todos los santificados. ³³«Yo de nadie codicié plata, oro o vestidos. ³⁴Vosotros sabéis que estas manos proveyeron a mis necesidades y a las de mis compañeros. ³⁵En todo os he enseñado que es así, trabajando, como se debe socorrer a los débiles y que hay que tener presentes las palabras del Señor Jesús, que dijo: Mayor felicidad hay en dar que en recibir».

³⁶Dicho esto se puso de rodillas y oro con todos ellos. ³⁷ Rompieron entonces todos a llorar y arrojándose al cuello de Pablo, le besaban, ³⁸afligidos sobre todo por lo que había dicho: que ya no volverían a ver su rostro. Y fueron acompañándole hasta la nave.

Prólogo

Esta lectura nos presenta a Pablo al final de su ministerio. ¿Por qué es interesante? Cuenta una parte de su vida en relación con las personas que conoció y no sólo con lo que hizo. Es la calidad y el estilo de las relaciones lo que marcó su ejercicio de la autoridad.

¿No nos gustaría también tener el ejercicio de una relación de autoridad que termina con un abrazo lleno de emoción y nostalgia, como en esta página?

Digamos de entrada que el ejercicio de la autoridad nos concierne a todos, no sólo cuando estamos investidos de ella, un aspecto que las relaciones interpersonales siempre traen consigo. La cuestión del poder que ejercemos o permitimos que se ejerza sobre nosotros. Por lo tanto, lo que queremos hacer es una revisión de la vida y no sólo de nuestro ministerio.

Lo primero que debemos preguntarnos es cómo el modelo de relación que llevamos dentro influye y condiciona nuestras relaciones, incluidas las que tenemos como ministros con los hermanos y también con otros ministros. Es este modelo que llevamos dentro el que condiciona más de lo que pensamos el tipo de contacto, de escucha, de reacción que tenemos y también el tipo de autoridad que ejercemos: a veces podemos tener un acercamiento informal, basado en nuestra propia personalidad y habilidades, y luego traemos el formal, por ejemplo, con una carta, con una advertencia, etc., y aquí las cosas cambian.

A veces pensamos que estamos transmitiendo escucha y empatía y, en cambio, en realidad estamos comunicando distancia y formas de autoritarismo, o retirada de nuestras responsabilidades. Se nos pide que prestemos atención a nosotros mismos.

Por eso, el servicio ministerial siempre nos obliga a trabajar sin descanso en nosotros mismos.

Intentemos ahora compartir rápidamente, con muy pocas palabras, un modelo de relación que parece que llevamos dentro.

(ejercicio práctico)

Después de este ejercicio que nos introdujo en nuestro tema, intentemos volver a la experiencia de Pablo para buscar un **modelo del ejercicio de la autoridad**. La experiencia de Pablo se convierte para nosotros, siempre comprometidos en ejercicios de autoridad (formales e informales), en una especie de gran profecía, a realizar día tras día.

Un sueño

El relato de Pablo nos propone un sueño sobre la calidad de las relaciones y el ejercicio de la autoridad, testimoniado al final del encuentro con los presbíteros por la emoción y la nostalgia. Intentemos pensar en esta dimensión de nuestro servicio, para que no se convierta en un pesado ejercicio de cosas que hacer, decisiones que tomar, responsabilidades que asumir, dejando de lado la dimensión esencial de las relaciones. El sueño de Francisco sigue siendo el que resume con fuerza su Testamento: "¡El Señor me dio hermanos!"

Evaluar

Pablo tiene la fuerza de solicitar una evaluación y por lo tanto asume riesgos. Recuerda sus acciones y planes y llama a otros como testigos.

La autoridad en relación aprende a gestionar la verificación como un acto necesario. Principalmente, con el Definitorio, con los diversos organismos de la Provincia, con los mismos guardianes y hermanos. Y a nivel la Conferencia con los demás Ministros.

Eduquémonos en una cultura de evaluación y ahora compartamos rápidamente si ya existe algún elemento de ésta entre nosotros.

(ejercicio práctico)

Compartir y solidaridad

Pablo puede afirmar rotunda y verazmente: «no me acobardé cuando en algo podía seros útil». ¡Cómo nos gustaría a todos poder decir eso! Esto será posible si vivimos el servicio de la autoridad bajo el signo de la “solidaridad”, como nos recuerda la Carta de San Francisco a un ministro.

Recordar al hermano sus pecados y amonestarle sucede dentro un contexto de aceptación y compasión, favoreciendo la experiencia de la profunda cohesión que nos une. Es una expresión de la obediencia amorosa mencionada en la Admonición III, 6. El ejercicio de la autoridad no nos coloca en un estrato superior, desde el que podemos observarlo todo y decidirlo todo. Por el contrario, determina una calidad de relación y carga el ejercicio de esta relación con una responsabilidad siempre nueva.

La “voluntad de Dios”

Pablo declara “solemnemente”: «no me acobardé de anunciaros todo el designio de Dios». Francisco recuerda también a los hermanos las exigencias ineludibles de la vida evangélica y lo hace dentro del camino de solidaridad que se acaba de sugerir. Anunciar la “voluntad de Dios” es una tarea irrenunciable del ejercicio de la autoridad. Cualquiera que ese involucrado formalmente a este ejercicio lo sabe de personalmente, y se le tiene miedo, porque realmente no es fácil evitar los riesgos de una excesiva seguridad o de una permisividad resignada. Incluso en el plano de las relaciones interpersonales, la llamada a la “voluntad de Dios” asusta e inquieta: nunca sabemos cuál es el gesto y la palabra adecuados cuando nos confesamos de ser llamados a dar un rostro concreto a Dios.

La “voluntad de Dios” no es un dato externo. Es, como dice Francisco, la búsqueda de “lo que le agrada al Señor”, que es lo que verdaderamente nos une más allá de nosotros mismos y de nuestras “voluntades” parciales.

Veamos juntos cómo el servicio de la autoridad que vivimos sabe poner ante nuestros hermanos y hermanas esta realidad viva de la voluntad de Dios, buscar juntos su fundamento y sus modalidades, y pedir a cada uno (a sí mismo y a los demás) una confrontación continua.

(ejercicio práctico)

“Manos limpias”.

Pablo declara que ganaba el pan necesario con el trabajo de sus propias manos, incluso cuando el ejercicio de su ministerio podía darle derecho a vivir a hombros de la

comunidad. Francisco recuerda en el Testamento que con sus primeros compañeros trabajó con sus manos por el pan de cada día. Se trata de un servicio de autoridad libre de condicionamientos de diversa índole, de juegos de poder y de conexiones que atan y quitan libertad. En particular, nos recuerda que estamos llamados a convertirnos en adultos, capaces de hablar a nuestros hermanos con franqueza, sin engaños diplomáticos, para buscar juntos lo que agrada al Señor por el bien de su Reino.

Francisco en el Testamento se muestra libre cuando dice enérgicamente: «Y no digan los hermanos: “Esta es otra Regla”; porque ésta es una recordación, amonestación, exhortación y mi testamento que yo, hermano Francisco, pequeñuelo, os hago a vosotros, mis hermanos benditos, por esto, para que guardemos más católicamente la Regla que hemos prometido al Señor» (Test 34).

Confiarse al Señor

Pablo deposita su confianza en el Señor y en el poder de su palabra al encomendar a los ancianos de Éfeso. La auténtica autoridad trasciende su propio ámbito, ya que no se define exclusivamente por sí misma ni por su éxito personal como criterio definitivo.

Un servicio de autoridad vivido de esta manera se convierte en una profecía para todos, demostrando con hechos que el poder puede convertirse en un sostén para la vida y una fuente de esperanza para todos.

Conclusiones abiertas

El final de nuestro pasaje muestra la intensidad de una relación que sostuvo la proclamación del Evangelio por parte de Pablo y su servicio para edificar la comunidad. Estas lágrimas no siempre acompañan a quienes dejamos un servicio....

Los elementos que les he propuesto del texto de los Hechos pueden iluminar esa compleja trama de relaciones que toca la vida y el servicio de la autoridad de nosotros, ministros y nuestros consejeros.

También se aplica a ese lugar especial de la Orden que son las Conferencias de los Ministros provinciales. En este espacio, cada Ministro y Custodio descubre que no está solo y que su entidad no es una isla y no debe convertirse en una, cuando surge la tentación. Gracias a Conferencias y encuentros de Orden como éste, nos descubrimos a nosotros mismos, a través de la experiencia concreta, en relación dentro de la única familia a la que pertenecemos, la de la Orden. Las provincias siguen siendo realidades administrativas, en las que no encerrarnos, sino vivir como subsidiarios.

Las relaciones en la Conferencia apoyan este camino y la urgencia de repensar cómo ser Hermanos Menores hoy en los distintos territorios y en la perspectiva de los próximos años. Son el espacio en el que repensar la fisonomía y distribución de nuestras realidades provinciales, en conexión orgánica con el Ministro y el Definitorio general. Por tanto, es

una red necesaria, que no es marginal respecto al servicio que cada uno de ustedes presta a la Provincia. Les pido no alejarse de la vida de la Conferencia y continuar a contribuir con ella. La revisión de las Conferencias que ha pedido el Capítulo General de 2021 nos ayuda a repensar y relanzar estas realidades, y para ello necesitamos la implicación de todos.

Gracias por su atención y sigamos dialogando para crecer como ministros en relación.

Fr. Massimo Fusarelli OFM
Ministro general